

MASCULINIDAD-FEMINIDAD, HOY

JOSÉ M^a MORA MONTES
Neurólogo y psiquiatra (Cáceres)

RESUMEN

Este trabajo trata el tema de la masculinidad-feminidad sobre el fondo de los nuevos conceptos que la ideología de género ha establecido. Se rechaza la idea de una personalidad sexuada independiente de un cuerpo sexuada, en razón a la armonía psicofísica que debe existir entre ambos componentes de la persona. La teoría constitucionista de E. Kretschmer que estableció la coordinación que se da entre temperamento y tipología corporal es punto de referencia, y asimismo se exponen los hallazgos neuroanatómicos que muestran importantes diferencias entre el cerebro del hombre y de la mujer. Se describen las investigaciones que señalan una psicología diferenciada entre los dos sexos en niños muy pequeños e incluso en recién nacidos. E igualmente se afirma la influencia ambiental en la configuración de la personalidad sexuada. Se razona acerca de los rasgos principales que definen la personalidad masculina y femenina. Finalmente, se argumenta a favor de la existencia, en la personalidad, de un núcleo sexuada innato, de acuerdo con la biología, sobre el que se superpondrían otros caracteres psíquicos bajo la influencia cultural y educacional.

Palabras clave: Ideología de género. Masculinidad. Feminidad. Kretschmer. Cerebros femenino y masculino. Impronta. Personalidad sexuada innata.

ABSTRACT

This study deals with the masculinity-femininity issue against the background of the new concepts that gender ideology has established. The idea of a sexed personality independent of a sexed body is rejected, because of the psychophysical harmony that

must exist between both components of the person. The E. Kretschmer's theory of constitutional groups, that established the association between temperament and body typology, is a benchmark and, in the same way, the neuroanatomical discoveries that show significant differences between the brain of the man and that of the woman are exposed. Researches that indicate a differentiated psychology between both sexes in very small children and even in newborn children are described. And likewise, the environmental influence in the configuration of the sexed personality is asserted. The main features that define masculine and feminine personalities are reasoned about. Finally, it is argued in favour of the existence, in the personality, of a sexed innate core, in accordance with Biology, over which other psychic characters would be superposed under the cultural and educational influence

Keywords: Gender ideology. Masculinity. Femininity. Kretschmer. Female and male brain. Footprint. Sexed innate personality.

I. INTRODUCCIÓN

La diferenciación sexual, el dimorfismo sexual, va marcándose a medida que ascendemos por las especies, y alcanza su máximo desarrollo en los mamíferos superiores. Por tanto, como dice un autor reciente, *todo intento de la naturaleza o de la cultura para borrar la diferencia entre lo específicamente masculino y lo específicamente femenino, tiene que considerarse como un atentado al progreso biológico de la humanidad* (Bloch)

MARAÑÓN

La ideología de género pretende que se considere normal que un hombre o mujer presenten una personalidad, masculina o femenina, con independencia de sus caracteres sexuales primarios y demás caracteres corporales propios del sexo genético.

Es innegable que las nuevas corrientes historicistas, existencialistas y ambientalistas, que se despliegan a todo lo largo del pasado siglo, han aportado una nueva visión del hombre, más auténtica, más real y completa. Sin embargo es de lamentar que de estas corrientes haya surgido como derivación indeseada la *ideología de género* que por simple sentido común ha de ser rechazada, aún sin entrar de pleno en todas sus implicaciones y sin pensar en el derrotero tan nefasto al que podría ir abocada la humanidad de seguir sus postulados. Afirman los ideólogos de género, entre otras cosas, que la femineidad y la masculinidad son productos exclusivos de la cultura; que el hecho de que una persona tenga un cuerpo femenino no tiene por qué acompañarse de una personalidad

femenina; ni siquiera en lo más hondo y universal que abraza el alma de toda mujer, como es la vocación a la procreación y educación de los hijos. Hombre y masculino puede significar tanto un cuerpo femenino como uno masculino; mujer y femenino tanto un cuerpo masculino como uno femenino (Butler, 1990). A la persistencia, a lo largo de la historia de la humanidad, de diferencias en el comportamiento de hombres y mujeres se responde con el argumento del sometimiento tradicional de la mujer a la voluntad del hombre-macho. Éste, se nos dice, ha querido que la mujer desempeñe unas funciones y actúe de una determinada manera desde tiempos inmemoriales. Shulamith Firestone (1970) fiel seguidora de esta ideología, como se demuestra en su discurso, da un paso adelante que permite vislumbrar su alcance: Reconoce que los marxistas fracasaron porque se afanaron en las soluciones económicas, sin atacar a la familia, que era la verdadera causa de la existencia de clases sociales. Para esta ideóloga es necesario destruir las diferencias de clases, pero más necesario aún es terminar con las diferencias de sexos:

“...La meta definitiva de la revolución feminista debe ser igualmente –a diferencia del primer movimiento feminista– no simplemente acabar con el privilegio masculino sino con la distinción de sexos misma: las diferencias genitales entre los seres humanos ya no importarían culturalmente (...) Lo ‘natural’ no es necesariamente un valor ‘humano’. La humanidad ha comenzado a sobrepasar a la naturaleza; ya no podemos justificar la continuación de un sistema discriminatorio de clases por sexos sobre la base de sus orígenes en la Naturaleza”.

Estas posturas de considerar la personalidad, con sus reacciones psíquicas propias, intereses, inclinaciones, vocación, etc., por un lado, y el sexo genético-biológico por otro, resultan muy difíciles de aceptar por cualquier persona libre de prejuicios ideológicos, pero para sus defensores, empeñados en cambiar la realidad, no hay argumentos válidos para rebatir sus teorías, que con ciego empecinamiento sostienen. Ignoran que, desde el campo de la Medicina se cuenta con evidencias científicas, aportadas por medio de modernas técnicas de imagen cerebral, que apoyan la idea de que sexo genético y personalidad corren juntos. Y que, igualmente, desde la Psicología Experimental llegan valiosas investigaciones, que contradicen la ideología de género, aunque tampoco estén reconocidas en su verdadero valor.

Hay acuerdo generalizado en reconocer que determinados roles adoptados por el hombre y la mujer dependen del momento histórico cultural, e igualmente que ciertas conductas y hasta rasgos caracteriales son inducidos a través de la educación desde la más tierna infancia. Por todo esto, el problema planteado no es pequeño, y tiene distintos perfiles. 1º: ¿Se deben considerar como independientes, sin interconexión alguna, el cuerpo y la personalidad? 2º: La masculinidad y la feminidad ¿son innatas, o producto exclusivo de la educación

y el ambiente cultural? 3º: ¿Qué rasgos del carácter son consustanciales al hombre y a la mujer como seres sexuados y cuales no? 4º: Cualquier afirmación al respecto, sea en un sentido o en otro ¿se puede demostrar?

II. LA ARMONÍA CUERPO-PSIQUISMO

1. LA PERSONA COMO UNIDAD PSICO-FÍSICA

Sobre la existencia de una real vinculación masculinidad-feminidad y cuerpo hombre-mujer no debe existir la menor duda, si partimos de la consideración del hombre como una unidad psico-física, según clásica expresión utilizada en Medicina. Y aunque este trabajo está hecho desde una perspectiva psiquiátrica, parece oportuno recordar que desde otros muy distintos campos del saber, como puedan ser la Psicología, Filosofía y la Teología, se comparte este mismo criterio unitario, y se habla de “*unidad en la dualidad*”, o bien como se dice en la GS,¹ “*el hombre es uno en cuerpo y alma*”. Esta unidad de la naturaleza humana, admitida por las diversas disciplinas antropológicas, supone, o debe suponer, una armonía, coordinación, interrelación entre el psiquismo y la morfología corporal.

Son antiguos, pero en el momento actual recuperan su primigenia lozanía los estudios constitucionalistas realizados en Alemania por el psiquiatra Ernst Kretschmer en la primera mitad del siglo XX, muy similares a los que en fechas parecidas realizaba Scheldon en los EEUU. Estos trabajos vinieron a ser la versión moderna de la teoría clásica de los temperamentos que desde Hipócrates y Galeno fue aceptada a través de los siglos hasta casi nuestros tiempos. La clasificación que presentó Kretschmer estaba basada en una concepción somatopsíquica de la totalidad humana. Él encontró una relación significativa cierta entre el temperamento esquizotímico con el tipo corporal leptosomo; el temperamento ciclotímico con el tipo pícnico y el temperamento viscoso con el tipo atlético. Pero, a pesar de ser cierto que no siempre es posible encontrar una relación entre esos tres tipos morfológicos y los respectivos temperamentos, el indiscutible mérito del autor alemán fue demostrar la correlación entre psique y soma, como su hijo Wolfgang reconocía:

“Kretschmer confirmó la correlación somato psíquica en un triple círculo cerrado: 1, imagen física propia de la imagen psíquica enferma; 2, imagen psíquica sana propia de la imagen física; 3, comparación y nexos entre las imágenes psíquicas enferma y sana. Así pudo adoptar en parte (del todo es imposible) la

1 Constitución *Gaudium et Spes* (1965).

premisa idealista de la primacía del alma, porque casi todo está en el plano de *formas y reacciones objetivamente concebibles*; lo psíquico y lo somático se corresponden en el espacio biótico, y se explican y se apoyan recíprocamente”.

En la relación que existe entre el sexo biológico y la psicología sexuada de las personas existen claras similitudes con la relación descrita por Kretschmer entre los tipos corporales y los temperamentos, si se acepta que la masculinidad y la feminidad, al menos en parte, está vinculada con la biología. Por tal motivo el psiquiatra alemán es punto de referencia en este trabajo, especialmente en las cuestiones más polémicas y obtusas. ¿Podemos imaginar un cuerpo velludo, musculoso, atlético, varonil en definitiva, expresándose muy femeninamente? Sí, por supuesto, podemos imaginarlo perfectamente, porque raro será quien no haya tenido ocasión de presenciar algo parecido. Pero siempre la impresión que queda en la retina es la de una auténtica falta de armonía entre el cuerpo y su manifestación anímica. Por eso, estas personalidades que de hecho se dan, tendrían que ser llamadas *inarmónicas*, porque de alguna forma habrán de ser designadas, y por simple necesidad de destacar algo fundamental y anormal en ellas. Este tipo de personalidad engloba varios subtipos, algunos, reconocidos como trastornos psíquicos por la APA (Asociación de Psiquiatría Americana) y la OMS (Organización Mundial de la Salud), y catalogados en el DSM-IV y CIE 10 respectivamente. Pues bien, en ellos están recogidos los *trastornos de identidad sexual* (transexualismo, transvestismo no fetichista, y otros), en los que, junto a una falta de identificación con el sexo propio, se une el malestar por no pertenecer al sexo contrario. Otras veces, se trata de personalidades con sentimientos de inadecuación por la actitud adoptada con respecto al papel sexual, o simplemente no se manifiestan identificadas con el propio sexo. En muchos de estos casos, en opinión de destacados psicoterapeutas, (Van Den Aardweg, 1997, Cohen, 2004, Nicolosi, 2009, etc.), asienta una conducta homosexual o lésbica.

2. BASES BIOLÓGICAS DE LA MASCULINIDAD-FEMINIDAD

En el momento actual hay pruebas científicas, basadas en las diferencias estructurales encontradas en el cerebro del hombre y de la mujer, que nos hablan de dos psiquismos diferentes, según el sexo. Sin pretender realizar una exposición exhaustiva, que exigiría todo un amplísimo capítulo, en este trabajo se mencionan, a modo de ejemplo, algunas de estas diferencias.

El neurólogo español Hugo Liaño, (1998), tiene recogidas una buena serie de investigaciones de diferentes autores sobre las diferencias neuroanatómicas entre el cerebro masculino y femenino y lo que ello supone en el terreno de la

neuropsicología. Aunque es difícil sintetizar en unas pocas conclusiones tan amplio trabajo es posible destacar las siguientes, utilizando sus propias palabras:

“El cerebro masculino está más lateralizado que el femenino, tiene más definido el hemisferio izquierdo para el lenguaje y la preferencia manual, y el hemisferio derecho para el procesamiento visuo-espacial. Por eso en él, la parte posterior de la cisura de Silvio o área parieto-temporal posterior es mayor en el lado izquierdo que en el derecho y tiene el istmo del cuerpo caloso más delgado que el de la mujer, debido a que existe un contingente menor de fibras conectando las áreas cerebrales citadas. El cerebro femenino es más simétrico, sus dos hemisferios están más conectados y menos especializados en lo verbal uno y en lo visuo-espacial el otro. Por eso tiene menos desarrollada la parte posterior de la cisura silviana izquierda y es más grueso el istmo del cuerpo caloso (...) El lenguaje en el cerebro masculino escasea de las matizaciones y complementos aportados por el otro hemisferio cerebral. Sin embargo, el hemisferio derecho está más especializado en las tareas visuo-espaciales y el izquierdo en las verbales. En las mujeres se cumple aquella deducción ya antigua de Lansdell, según la cual sus hemisferios cerebrales se dedican de forma menos específica a las dos tareas, la verbal y la no verbal”.

Otros y posteriores estudios neurológicos de los hemisferios cerebrales de niños y niñas, de hombres y de mujeres, han puesto de manifiesto las diferencias existentes entre los dos sexos. Cabe citar al respecto el libro “Cerebro de mujer y cerebro de varón” de Natalia López Moratalla (2007), y los hallazgos más importantes que han ido surgiendo en los últimos años. Así por ejemplo, Goldstein² y otros han mostrado que la amígdala es más grande en los hombres que en las mujeres. Kathrina Braun y otros, en Alemania, se propusieron comprobar si era cierto que la amígdala de machos y hembras responde de igual manera al estrés, y para ello midieron las concentraciones de receptores de serotonina, (neurotransmisor clave para medir la conducta emocional), en varias regiones del cerebro de ratoncitos Degu. Aceptando que la extrapolación de lo observado en los animales al hombre es siempre problemática, todo indicaría que la angustia de separación es distinta en los niños que en las niñas, y habría que seguir investigando, pues hay motivos sobrados para ello, que ayuden a explicar por qué los trastornos de ansiedad son más prevalentes en las niñas que en los niños.

Investigaciones realizadas por Janice M. Juraska, en la Universidad de Illinois, apuntan a que las neuronas del hipocampo, en las ratas hembras, ante los estímulos del entorno reaccionan con un aumento de las ramificaciones de

² Estas investigaciones, al igual que otras que se nombran a continuación, está recogidas en un trabajo de Lawrence Cahill (2005).

los árboles dendríticos, pero en las ratas machos, todo al contrario, el entorno estimulante o bien no tenía ningún efecto a nivel neuronal o hacía que algunos de los árboles dendríticos perdieran algunas conexiones. Como bien se observa, nos encontramos ante un campo abierto a la investigación, en el que se demuestran diferencias cerebrales hereditarias, en ratas, según los sexos, que orientan mucho sobre lo que ocurre en el cerebro de los humanos.

La investigación en este terreno está en auge y es posible que cuando se publique este artículo interesantes y nuevas informaciones hayan sido publicadas. Hace tan solo unos meses un estudio publicado en *Proceedings of the National Academy of Sciences*, (2009)³, afirma que hombres y mujeres perciben de manera diferente la belleza, según investigaciones del CSIC y la Universidad de las Islas Baleares, cuyo primer autor es Camilo Jose Cela-Conde. El trabajo muestra que la actividad neuronal diferencial que provocan los estímulos estéticos afecta solo al hemisferio derecho en el caso de los hombres y a los dos hemisferios en el caso de las mujeres. Se registró la actividad cerebral de diez hombres y diez mujeres, sometidos a estímulos tanto artísticos como naturales, ante los que debían decidir si los consideraban bellos o no. Se utilizó la magnetoencefalografía, una técnica que permite detectar los cambios producidos en los campos magnéticos generados por la actividad postsináptica de las neuronas piramidales de la corteza cerebral. La actividad cerebral en las regiones parietales resultó ser bilateral en las mujeres, y se mostró lateralizada, circunscrita al hemisferio derecho, en los hombres. El equipo investigador interpretó otras diferencias observadas entre hombres y mujeres como resultados de dos formas distintas de abordar la relación espacial con los objetos. De acuerdo con esta hipótesis las mujeres mantienen una relación con los objetos más categórica, (encima, debajo, detrás, enfrente, etc.) mientras que los hombres mantienen una relación topográfica, con más precisión en cuanto a las distancias.

A estas investigaciones que hablan de unas claras diferencias psicológicas entre los sexos, con base biológica, es decir que confirman la interrelación cuerpo y psiquismo, hay que añadir otros trabajos que a continuación se exponen que, no solo confirman esta estrecha vinculación, sino que la muestran desde el primer día del nacimiento, como algo innato, sin influencia alguna del ambiente.

3 Información recogida en “*Diario Médico*”, del 24 de Febrero del 2009.

III. LA PERSONALIDAD SEXUADA, ¿BIOLOGISMO O AMBIENTALISMO?

1. DATOS A FAVOR DE LO INNATO

Sobre la debatida cuestión de si la personalidad sexuada es innata, (en íntima relación con lo genético y biológico), o producto exclusivo de las experiencias vividas bajo influencias ambientales, ¿qué pensar? Desde principios del siglo XX y por los trabajos de insignes genetistas, se ha valorado el medio ambiente con similar importancia al factor genético, en relación a la aparición de la enfermedad psíquica. ¿Sería posible mantener una relación equivalente entre lo genético y lo ambiental, en la configuración de la personalidad sexuada?

Hay razones de peso, que brevemente se exponen, para afirmar que el individuo nace con una muy determinada disposición para desarrollar su personalidad⁴ masculina o femenina de acuerdo con el sexo genético. Por ello hay que poner en entredicho la famosa frase de Simone de Beauvoir (1908-1986): “*la mujer no nace, se hace*”, expuesta en su principal obra “*El segundo sexo*” (1949); creo que mejor sería decir: nace y se hace mujer. Otra afirmación igualmente errónea sustentada por muchos homosexuales (gays y lesbianas) es que *han nacido así* y por ello han de aceptar su personalidad y su orientación sexual tal como son, y en consecuencia, todo intento de tratar de modificarlos sería inútil. Si bien se observa, este segundo aserto que está en fragante contradicción con el primero, es una muestra de que el lobby de homosexuales gays y lesbianas no es identificable con la ideología de género, sobre todo en cuanto a objetivos se refiere. De todas formas, ambas afirmaciones obligan a importantes correcciones.

Es un hecho comprobado por cualquier educador que los niños y las niñas, desde los primeros años de la vida, tienen preferencias por juguetes distintos. Gerianne Alexander (2003), de la Universidad de Texas, junto a Melissa Hines, de la Universidad de Londres, investigaron sobre la posible base biológica innata de este hecho, frente a un proceso de simple socialización. Estudiaron el comportamiento de monos, machos y hembras, con juguetes diversos, como

4 En este trabajo me referiré en múltiples ocasiones a conceptos que se prestan a confusión, tales como *temperamento*, *carácter* y *personalidad*, por ser términos sobre los que no hay en Psiquiatría unidad de criterio entre los autores, para su definición. Por eso, aún reconociendo los inconvenientes de toda simplificación, para una mayor claridad expositiva me referiré al *temperamento* para indicar los rasgos de una determinada personalidad estrechamente relacionados con la herencia, la neuroquímica y la biología en general. Al *carácter* para indicar aquellos otros desarrollados a través de las influencias ambientales, (familiares, educacionales, culturales, etc.). Y la *personalidad* en general como la suma o resultante de los rasgos psíquicos temperamentales más los del carácter

camiones, pelotas, muñecas y libros con fotos, y observaron que los monitos macho permanecían más tiempo entretenidos con los camiones y las pelotas, mientras que las monitas lo hacían con las muñecas. Sacaron la conclusión de que los machos, tanto los humanos como los primates, prefieren juguetes que pueden ser lanzados al espacio y promueven juegos fuertes, a modo de entrenamiento para actividades futuras propias de su sexo, mientras que las monitas y las niñas, como hembras, seleccionan juguetes aptos para desarrollar habilidades que, pasado un tiempo, necesitarán para el cuidado de sus pequeños.

Lawrence Cahill (2005) en un artículo publicado en *Scientific American*, ha reunido varios trabajos que concuerdan en apoyar la teoría de la feminidad-masculinidad como dependiente de lo genético-biológico. Uno de ellos se debe a Simon Baron-Cohen y colaboradores, de la Universidad de Cambridge, que diseñaron un experimento para explorar las influencias ambientales y las innatas con respecto a las diferencias sexuales. Estos investigadores encontraron que las niñas de un año pasaban más tiempo mirando a sus madres que los niños de la misma edad. Cuando a esos bebés se les ofrecía la posibilidad de qué película ver, las niñas pasaban más tiempo mirando una película con una cara, mientras que los niños se inclinaban por una película que mostraba coches. Para eliminar toda posibilidad de sugestión por influencia familiar los investigadores, ayudados por varios estudiantes, trabajaron sin conocer el sexo de los bebés y realizaron un nuevo experimento, para estudiar en el hospital de neonatos las preferencias de los recién nacidos en el primer día de su vida. Se les presentó la cara amable de una estudiante femenina viva, o un juguete colgado por encima de la cuna que tenía varios hilos de los que colgaban imágenes parecidas en color, tamaño y forma a los de la cara de la estudiante. Posteriormente, al analizar las cintas de vídeo en que habían grabado el experimento, se observó que las niñas miraban mucho a la estudiante viva, mientras que los varones pasaban más tiempo mirando el objeto mecánico. Concluyeron entonces, que las diferencias en el interés social son evidentes desde el primer día de la vida, y según Cahill, ya desde el primer momento del nacimiento las diferencias cognitivas entre los sexos, quedan demostradas.

Los resultados de estas investigaciones, aunque parcelares, son válidos y contradicen la ideología de género, pero los datos que la genética nos muestra son muy interesantes, como asimismo los que llegan de diversas fuentes, y no vamos a omitir los más llamativos aunque no sean concluyentes:

Se conoce la existencia del gen SRY en el feto de sexo masculino (Rodolfo Rey, 2001), es decir, cuando la fecundación ha tenido lugar por un espermatozoide que contenga el cromosoma Y. Sin embargo, han de pasar varias semanas durante la embriogénesis para que surjan los primeros cambios que establezcan diferencias evidentes entre un feto masculino y un feto femenino.

Al gen SRY se le atribuye hoy la masculinización del cuerpo, pero no lo hace directamente sino activando otro gen, llamado SOX9, sobre el que recae todo el trabajo activando y desactivando a otros genes, que a su vez activan y desactivan la producción de hormonas, que influyen en el cuerpo y a su vez afectan la expresión de otros genes. Tras el nacimiento y durante el desarrollo muchos de estos genes se muestran sensibles a experiencias externas, dieta, situación social y cultura. El proceso de la masculinización en su totalidad psico-física, en absoluto es simple, intervienen muchos genes, hormonas, educación, factores ambientales y en última instancia y como gen principal del que parte todo el proceso el gen SRY. Poco se sabe sobre los mecanismos que inducen a las gónadas a diferenciarse en ovarios en el feto XX, pero la falta de hormonas testiculares sí influye en la configuración de los genitales externos.

Otros datos muy distintos a los anteriores, dignos de ser tenidos en cuenta sobre este interesante debate, se exponen, empezando con una breve descripción de lo acontecido con los gemelos Reimer, que constituye una prueba irrefutable de qué forma se quiso enfatizar la influencia de la educación sobre la personalidad sexuada de la persona. El hecho, del que hay varias versiones⁵, con algunas diferencias entre sí pero iguales en lo fundamental, ocurrió así: John Money, doctor de la universidad de Johns Hopkins de Baltimore, en 1950 conoció a los gemelos univitelinos Reimer (Brian y Bruce) poco después de haberseles practicado la circuncisión, en cuya operación uno de ellos, (Brian) accidentalmente sufrió, (por el mal uso del cauterizador eléctrico) la amputación del pene. Por consejo de este doctor, afamado sexólogo progresista, fue educado como niña, con el nombre de Brenda, mientras que el otro gemelo recibió una educación de niño. Money (el primero en utilizar el término “género”, hasta ahora de uso exclusivo gramatical), para referirse a la “identidad de género” o conciencia individual que tiene una persona de ser hombre o mujer, sostuvo, como prueba científica de gran valor, que el gemelo castrado y educado como mujer vivió feliz, adaptando la identidad femenina, con lo cual demostraba que cada persona tiene libre capacidad para adoptar el rol que desee por encima de lo que su propia biología indique. Esta experiencia que fue aceptada y aplaudida por el feminismo más radical fue, sin embargo, uno de los fraudes más notables que se hayan cometido en Medicina. El Dr. Diamond, que nunca creyó la tesis de Money, buscó y localizó al gemelo que sufrió la amputación y descubrió que el experimento fue un total fracaso. Supo que el niño, en ningún momento aceptó ni se adaptó a su papel de niña. Le pusieron de nombre Brenda, le vistieron con ropas de niña y fue llevado a un centro escolar

5 La versión aquí expuesta está recogida de la obra “*La revolución silenciosa*” de Jesús Trillo-Figueroa, (2007), completado con un reportaje del diario “*El Mundo*” del 21-V-2004.

femenino. Pero estos vestidos no le gustaban y se sintió rechazado en la escuela por casi todas las niñas. Muy pronto mostró tendencias lesbianas (según el sexo asignado) y viviendo en un mar de confusiones a los 14 años tuvo intentos de suicidio. Los padres, siguiendo el consejo de un médico que supo captar el conflicto, le revelaron la verdad sobre su identidad sexual biológica. Tras conocer el fatídico hecho, el joven decidió vivir como hombre; de nuevo se cambió de nombre, tomando ahora el de David, se sometió a complicada intervención quirúrgica reconstructiva, tratamiento hormonal y psicoterapia, y más tarde se casó con una mujer, (Jane). Ganó mucho dinero con la publicación de un libro sobre su vida que escribió John Colapinto, en el 2000. Pero su matrimonio fracasó y terminó en divorcio, y para mayores males, desafortunadas operaciones financieras acarrearón su ruina, acentuando una depresión que venía arrastrando desde su infancia y que se acentuaría aún más, con el suicidio de su hermano Bruce. El mismo pondría fin a su vida en el año 2004. Conclusión: el caso de los gemelos Reimer no sirvió para mantener la tesis del influjo ambiental en la configuración de la personalidad sexuada, tal y como el Dr. Money hubiera deseado, aunque quizás, por tratarse de un solo caso, tampoco sea suficiente para desmontarla.

2. INFLUENCIA AMBIENTAL

Por otra parte, los hechos que hablan de la influencia medioambiental son insoslayables, en apariencia, capaces por sí solos de anular las disposiciones innatas para desarrollar una personalidad acorde con toda una anatomofisiología. Así por ejemplo, la importancia de la relación del niño pequeño con los padres para la configuración del carácter es sobradamente conocida desde las publicaciones de Freud, confirmadas posteriormente con las afirmaciones de otros muchos psicoterapeutas de muy distintas orientaciones doctrinales. Especialmente interesantes, al tiempo que coincidentes, son las observaciones hechas, en el transcurso de sesiones con homosexuales, por Nicolosi (2009), Fitzgibbons (1997), Van Den Aardweg, (1997), entre otros. Allí se habla de padres que, como hombres, no han sabido atraerse a sus hijos, de tal manera que no han ejercido influencia alguna sobre ellos, que tan solo han tenido como modelo para identificarse a su propia madre. Algunos de estos padres han llegado incluso a mostrar franca hostilidad hacia el hijo, y otros, sin llegar a ese extremo, simplemente se han mostrado pasivos, emocionalmente distantes y en todo caso inapropiados para ejercer su función de padres. Otro tanto se ha observado con la actitud de ciertas madres que no han sabido servir de modelo para la hija, y han provocado una inadecuada identificación con el padre. Según esto, Richard Fitzgibbons (1997) escribe:

“La autoestima se basa principalmente en la aceptación de un modelo de conducta en la primera infancia, el niño de su padre y la niña de su madre. Todo niño pequeño añora recibir la aceptación, el apoyo y el ánimo de su padre, de esta forma establece un sentido positivo y un grado de bienestar consigo mismo. Aunque el amor de una madre es esencial para los niños, no es tan importante como el amor y la afirmación del padre para la formación de una sana identidad masculina. La falta de reacciones positivas de un padre produce una serie de debilidades en la imagen masculina y una falta de autoaceptación. Muchos de los que sufren inclinaciones homosexuales crecieron de niños pensando que nunca podrían agradecer a sus padres”.

En esta misma línea, Richard Cohen (2004) afirma, en relación con la importancia de los factores familiares de la primera infancia en la formación de su identidad sexual, que una relación del niño anormalmente estrecha con su madre y un distanciamiento con respecto del padre conduce a que el niño se “*sobreidentifique*” con su madre y con la feminidad y se “*desidentifique*” con el padre y con la masculinidad. Ocurriendo al revés en el caso de la niña.

Otras investigaciones de distinta índole apoyan la idea de la influencia ambiental en la configuración de la personalidad. Aunque no se haya demostrado en el hombre hay que pensar en fenómenos similares al de *la impronta*, (*imprinting*), bien estudiado en los animales, como importantes factores perturbadores en la configuración de una personalidad normal, en los primeros años de la vida. Fue allá por 1909, en un poblado cerca de Altenberg, (Sajonia), cuando Konrad Lorenz, de 6 años de edad, y su amiga Gretl recibieron como regalo un par de patitos recién nacidos. A partir de ese momento los niños observaron como los patitos les seguían a todas partes como si fueran sus padres. Años después, Lorenz recordaría este hecho y estudiaría los patrones de conducta de los gansos grises silvestres y encontró que las crías nacen con el instinto de seguir a sus madres. Descubrió que si los gansos eran empollados en incubadoras, una vez nacidos seguirían a la primera cosa (una caja, por ejemplo), animal o a cualquier hombre, en movimiento que vieran, como si fuera su madre. Sesenta años antes que Lorenz, el naturalista inglés Douglas A. Spalding (fallecido en 1877), por sus experiencias con pollitos recién nacidos, había afirmado que una experiencia temprana *queda grabada* en el cerebro de un animal y afecta su conducta hasta el resto de la vida. Lorenz describiría el fenómeno de la *impronta* como un *periodo crítico* (*periodo sensible*, para otros etólogos) o ventana en el tiempo durante la cual el entorno actúa de forma irreversible en el desarrollo de la conducta, y explica igualmente que en muchísimos casos el aprendizaje está programado genéticamente de tal forma que los animales pueden aprender en determinado momento de su vida (*periodo sensible*), pasado el cual el animal ya no aprenderá nunca.

La *impronta* también se ha observado en otros círculos funcionales de los animales, como la conducta sexual en los grajos (Eibl-Eibesfeldt, 1974). Un grajo criado por el hombre se reunirá con una bandada de su propia especie si, cuando ya puede volar, se le da la oportunidad para hacerlo. Pero al año siguiente, en la época de cortejo, cortejará al hombre aunque encuentre otros grajos. Quiere esto decir que ha recibido la impronta del hombre en el área del comportamiento sexual y por ello prefiere al hombre a sus congéneres. Lo mismo ocurre con la tórtola de Indias cuando ha experimentado la *impronta* del hombre y se la ve cómo corteja la mano humana con los mismos patrones de conducta con que normalmente cortejaría a una tórtola hembra.

¿Es posible que el fenómeno de la *impronta* observado en los animales se pueda aplicar al hombre, y de forma específica, en el campo de la sexualidad? Evidentemente no, “sin una investigación crítica, el etólogo no aplica a otras especies los datos obtenidos en el estudio de una especie animal” (Eibl-Eibesfeldt). Y además, la conducta automática, guiada por el instinto de cualquier animal no es aplicable al hombre, que actúa conscientemente según la razón y usando de su libertad. Sin embargo, como todos los conocimientos que la etología aporta, estas experiencias ayudan a comprender mejor el comportamiento humano y proporcionan datos ciertos sobre la influencia de los factores ambientales sobre aquellos otros determinados por los genes. Hay que admitir que aún queda mucho por investigar para saber de qué forma una determinada experiencia “*deja marcada*”, como se dice en el lenguaje popular, a una persona, sobre todo en los primeros años de su vida, y contribuye al modelado de su personalidad. Muy concretamente en el terreno de la sexualidad habría que estudiar hasta qué punto conductas homosexuales en la infancia, en el periodo de latencia y en la pubertad, no suponen algo similar a la “*impronta*” de los animales para la orientación sexual de edades posteriores.

IV. PERSONALIDAD SEXUADA

1. PERSONALIDAD SEXUADA PRIMIGENIA

¿Los datos aportados por investigaciones ambientalistas podrían desechar teorías constitucionalistas de inspiración kretschmeriana? ¿No será cierto que la personalidad se forja solo y exclusivamente en el contacto de la persona con el mundo circundante? ¿Cómo es posible que la unidad psico-física de cada persona pueda quebrarse hasta el extremo de configurar personalidades inarmónicas? Quizás aún falten datos que permitan afirmaciones categóricas y definitivas, pero por el momento me inclino a mantener la tesis de la existencia en cada uno de los hombres y mujeres de una disposición innata para desarro-

llar una personalidad acorde con el sexo genético. Algo más que una simple disposición: un núcleo sexuado, con el que se nace y se muere, sobre el que van a superponerse otras muy diversas estructuras psíquicas adquiridas, fruto de las experiencias vitales. Feuerbach⁶ en el s. XIX aún fue más radical en estas ideas:

“La carne y la sangre son nada sin el oxígeno de la diferencia sexual. La diferencia sexual no es ninguna diferencia superficial o simplemente limitada a determinadas partes del cuerpo. Es una diferencia esencial y penetra hasta los tuétanos. La esencia del varón es la masculinidad y la esencia de la mujer, la femineidad. Por muy espiritual e hiperfísico que sea el varón, éste permanece siempre varón. Y, lo mismo la mujer, permanece siempre mujer (...) La personalidad es, por lo tanto, nada sin diferencia de sexo; la personalidad se diferencia esencialmente en personalidad masculina y femenina”.

Lo normal es la coincidencia de los rasgos innatos propios del sexo masculino o femenino con esos otros sobreañadidos, que, acentúen o no los primeros en su signo sexual, en todo caso le añaden matices importantes a la personalidad de base. De forma anormal puede ocurrir que un determinado individuo, por causas por ahora desconocidas, por un proceso de equívoca identificación u otras circunstancias adversas, inhiba o reprima su personalidad sexuada primigenia y adopte rasgos de carácter del sexo contrario, y, posiblemente, estos rasgos sean tan llamativos que tengan capacidad para eclipsar a los primeros, de tal forma que él mismo y las personas de su entorno lo juzguen como poseedor de una *personalidad inarmónica*. En los casos extremos, el interesado llega a la convicción de que sus caracteres sexuales primarios y secundarios no son los que deberían ser, por error de la naturaleza, y por considerar que tiene un sexo distinto al que señalan sus genes acude a la cirugía en busca de una complicada intervención quirúrgica, que le confiera el aspecto físico externo propio del sexo al que cree pertenecer.

2. LO DEFINITORIO EN LA PERSONALIDAD SEXUADA

Antes de seguir avanzando sobre lo innato y lo adquirido en la personalidad sexuada de cada cual, para argumentar a favor de la hipótesis anunciada, es ineludible distinguir, aquellos rasgos que definen la femineidad y esos otros propios de la masculinidad. Realmente este es un tema apasionante, que constituye por sí solo un amplio capítulo de la Psicología, y aunque no sea objeto de este trabajo profundizar en él, no por ello vamos a prescindir de algunas ideas fundamentales al respecto.

⁶ Citado por Blanca Castilla y Cortázar, en conferencia pronunciada en Zayas en el año 2000.

Primera observación: Es un error pensar que existen rasgos específicos, propios, capaces de definir por sí solos a una personalidad sexuada, cuando lo razonable es admitir, siguiendo a Kretschmer, que son una constelación de rasgos los que dibujan el perfil psicológico de hombres y mujeres. Así por ejemplo en el temperamento esquizotímico nos encontramos a un hombre retraído socialmente, con apariencia de vivir ensimismado en su mundo interior, con un aspecto frío a sus semejantes o de cerrado hermetismo; que aparenta carecer de vivas emociones pero sorprende con frecuencia por la intensidad de las mismas y por estar dotados de una fina sensibilidad; cuyas tendencias volitivas son duraderas y es clara la tenacidad hasta la realización. ¿Quiere esto decir que para designar a alguien con este temperamento deba reunir todos estos caracteres? En absoluto, bastará el predominio de ellos sobre otros, correspondientes a temperamentos distintos, o simplemente la marcada intensidad de uno, o de dos, concretamente. Pues de igual forma, una mujer podrá ser considerada femenina si en ella dominan los rasgos propios de la feminidad sobre los de la masculinidad, y a la inversa diremos del hombre.

Segunda observación: los roles y caracteres que culturalmente, de forma convencional se han asignado a hombres y mujeres son excluidos de la relación que a continuación se expone, porque en modo alguno forman parte de la personalidad sexuada. Trabajos, como la limpieza del hogar, jardinería, cocina, y otros muchos más, asignados tradicionalmente a la mujer, en modo alguno desdicen de la masculinidad de un hombre por su desempeño. Y de igual forma, mujeres que trabajan con eficacia en tareas, otras veces exclusivas del hombre, no por ello dejan de ser femeninas. Por ejemplo, la conducción de vehículos públicos, el ordenamiento urbano, el gobierno de municipios, autonomías y de naciones, la investigación científica, el cultivo del arte, etc., etc.

Tercera observación. Precisamente por ser conscientes de tratarse de roles culturales, actualmente caemos en la confusión y hacemos el juego a los ideólogos de género, y parece que caminamos hacia la desaparición de los sexos, como propugna Sumanith Firestone. ¿Por qué al niño se le pide en el colegio que lleve un canastillo de costura? ¿No sería más propio que llevara un cajón de herramientas? ¿Por qué la moda en el vestir unisex? ¿Por qué la ropa gris en las jovencitas? ¿Eso va con su personalidad? Y sobre todo, lo peor e incomprensible ¿por qué tantas mujeres se empeñan en imitar los malos hábitos del hombre? Quienes así se comportan están renunciando a la singular y maravillosa realidad de su propia personalidad femenina.

Los rasgos que se van a enumerar son propios de uno de los dos sexos, pero, aclaremos una vez más, no son específicos de ninguno de ellos y pueden darse indistintamente en los dos. No se trata de una relación extensa, sino de algo elemental que nos permita el entendimiento para lo que tratamos. Como

punto de partida observamos aquellos caracteres que de siempre y de forma casi unánime se han asignado a la mujer o al hombre.

En el capítulo “*Género*” del “*Tratado de los trastornos de personalidad*” escrito por Morey, Alexander y Bogas (2007) se puede leer la siguiente relación de rasgos propios de personalidad sexuada, masculina y femenina, de acuerdo con una investigación de cinco factores de la personalidad. Los hombres obtienen puntuaciones más altas en las dimensiones de “*extraversión*”, mientras que las mujeres obtienen puntuaciones más altas en las dimensiones de “*simpatía*” y “*neuroticismo*”. En concordancia con estos datos los hombres son más activos en comparación con las mujeres (Cambell y Eaton, 1999), más agresivos físicamente, (Archer, 1991), refieren niveles más elevados de deseo sexual (Baldwin y Baldwin, 1997), prefieren el juego duro activo, (Di Pietro, 1981), y típicamente refieren sentirse más asertivos y menos dependientes de los demás, (Feingol, 1994). También hay diferencias en las enfermedades cognitivas. Los hombres tienden a sobresalir en las tareas espaciales, como la rotación mental o la navegación espacial, (Lynn y Petersen, 1974). Las mujeres destacan en las tareas verbales, (Hyde y Linn, 1988) y en la memoria espacial, (Alexander et al. 2002) y saben procesar mejor las expresiones faciales (McClure, 2000). Este trabajo en el que se han seleccionado interesantes investigaciones, cae, sin embargo en el error de juzgar estas diferencias entre sexos como fruto del proceso socializador.

Según John Gray (1993), afamado psicólogo gracias a su libro “*Los hombres son de Marte; las mujeres de Venus*”, conocido internacionalmente, la personalidad masculina y femenina viene definidas por:

- El hombre muestra su interés por objetos y cosas, a diferencia de la mujer que está orientada hacia las relaciones humanas.
- El hombre ante los problemas busca soluciones, en tanto la mujer reacciona hablando.
- El hombre aspira y quiere ser valorado por su eficacia y capacidad para afrontar la subsistencia, mientras que la mujer necesita sentirse querida.
- El hombre se siente bien con poder, fuerza y dignidad. La mujer se siente bien ante los gestos de ser aceptada y aprobada., además es sensible a las necesidades de los demás y atendíéndolas se siente satisfecha.
- El hombre antes de expresar lo que siente lo rumia, lo medita. La mujer en cambio es espontánea y expresa los sentimientos con facilidad; piensa incluso en voz alta.

- El hombre necesita motivos para hablar, a diferencia de la mujer que habla para comunicarse.

Por enumeración de otros autores, el listado de diferencias de rasgos sexuados de la personalidad aún se podría aumentar: la preocupación por la forma o aspecto externo de cualquier cosa, en la mujer, así como su capacidad para expresar ternura, su intuición, etc. etc. Sin embargo, prolongar el listado de diferencias entre los sexos no nos lleva a ninguna parte, porque siempre caerá sobre él la sospecha cuando no la rotunda afirmación de ser rasgos debidos a la influencia cultural, que desde el primer momento del nacimiento experimenta el ser humano según sea niño o niña, y el objeto de este trabajo es exactamente el contrario: apuntar al menos, aunque lo deseable sería demostrar, que hay un núcleo en la personalidad sexuada que es innato y no dependiente de ninguna influencia ambiental.

La enumeración de los anteriores rasgos de personalidad es útil en cuanto nos muestra una coincidencia general entre distintos autores al distinguir aquellos que son propios de la mujer, de los que corresponden al hombre, pero nada más. Por otra parte estos rasgos se nos muestran, por lo general, como independientes entre sí, sin una estructura básica que los relacione, y sin más fundamento que la simple observación empírica, acompañados o no de trabajos de investigación de acuerdo con las exigencias epistemológicas al uso.

Volviendo a Kretschmer, que supo ejemplarmente relacionar la tipología con el temperamento, ante la contemplación del cuerpo femenino, ¿cuál es la lectura que se debe hacer de él? ¿A esos caracteres físicos sexuales primarios y secundarios, qué rasgos temperamentales sexuados le corresponden, para que exista la debida armonía en la unidad psico-física personal? Atendiendo a estas cuestiones, uno no puede por menos que reparar en la existencia de las mamas y en las caderas anchas. Estamos ante un cuerpo especialmente diseñado para la procreación y la crianza de los hijos. En correspondencia lógica, la psicología femenina ha de estar definida por una vocación indeclinable a la maternidad, tal y como múltiples autores de distinta procedencia han señalado y ciertas investigaciones con rigor científico han comprobado. Sin embargo, si nos distanciamos de este hecho puntual para una conceptualización mayor, se puede observar que estamos ante algo mucho más amplio que engloba la maternidad, pero que no se reduce a ella: La mujer es el ser que encuentra el sentido de su existencia en la vida humana en su totalidad considerada.

Ella no solo va a sentir la vocación a la procreación y crianza de los hijos, sino también a su crecimiento, desarrollo físico y mental, promoción social y profesional, noviazgo, matrimonio y descendencia, y todo lo que de alguna forma se relaciona con estas cuestiones, empezando por su propio matrimonio. Ella, nacida para la vida familiar ha de sentirse segura y protegida, querida,

por el hombre con el que comparte la existencia. Sus sentidos están siempre alerta y agudizados para captar aquellos signos que le hablan del interior de las personas, y descubrir las necesidades, anhelos, angustias, de los demás antes de que digan nada. Los psicólogos han detectado siempre una especial emotividad (“sensibilidad”) en la mujer, que no es general sino sectorizada para las relaciones humanas y muy especialmente a las que a ella más le afectan: la del marido y los hijos.

Pero además, cualquier mujer no solo se preocupará de una forma muy especial por su familia, sino que extenderá su interés por cualquier persona conocida y sus emociones surgirán en torno a estos temas. ¿Quién podrá negar que los argumentos “*rosa*” son los preferidos por la mujer en novelas, cine, teatro o televisión? El “*cotilleo*” como tema de conversación, ¿no es usual en las reuniones femeninas? Cualquier mujer tan preocupada por cualquier cuestión humana, ahí es donde, con más facilidad, debe y puede manifestar la bondad o maldad de su persona, según acoja, por “*com-pasión*” las necesidades de los hombres y haciéndolas suyas trate de remediarlas, o manifestando indiferencia pase de largo ante ellas.

Los genitales externos de la mujer señalan claramente una actividad sexual genital marcada por la pasividad y la receptividad, porque no puede ser de otra forma. Reciben al miembro viril y acogen su producto-simiente de vida. Pero hay que preguntarse, ¿nos hablan también de la personalidad de la mujer? Por supuesto que sí; son expresivos de la actitud que toda mujer adopta frente al hombre, en cuanto se siente poseedora de un atractivo específico de carácter sexual. Ella se muestra pasiva y receptiva, en tanto acepta ser foco de atención de la mirada del hombre. De una mirada cargada de complacencia y erotismo. A ella le gusta igualmente que el hombre la mire y la admire; sufre si observa que pasa desapercibida ante las miradas masculinas.

Pero toda mujer es consciente de que es observada y valorada según su aspecto externo por cualquier persona, con independencia del sexo que tenga, de ahí que cuide mucho esta faceta de su personalidad (vestimenta, peinados, gestos y movimientos). Con frecuencia se ha dicho que la mujer es narcisista, coqueta, presumida, y es cierto, ella debe de gustarse así misma, porque de esta manera se siente segura, pensando que por su belleza y demás atractivos también va a ser aceptada por los demás. Es propio de la mujer usar vestidos de rico colorido y alegres tonos, adecuados para atraer las miradas, de análoga forma como las flores disponen de pétalos coloristas para atraer los insectos. La mujer que se aparta del mundo para vivir con recogimiento cambiará radicalmente su vestimenta.

A través de las miradas de la gente, la mujer siente su cuerpo como la presentación de su persona, como la tarjeta de visita de un desconocido. Esa

forma en que aparece ante los ojos de los demás se convierte para ella en algo de importancia primordial, porque según sea vista, bien lo sabe, será aceptada o rechazada, querida o despreciada, deseada o no. Por eso, a través de una generalización hacia todas las cosas, ella cuida con esmero el aspecto externo de cualquier asunto, como algo de importancia primordial. Con frecuencia, la mujer es tachada de ser muy “*detallista*”, por el interés que pone en la presentación de las cosas. Este detallismo, esta especial sensibilidad estética ante lo más insignificante, encuentra de esta forma su explicación, pero, ¿no será, todo al contrario, este cuidado extremo de los detalles consecuencia de una especial sensibilidad estética innata?

La mujer siente la atracción hacia el hombre, la necesidad de compartir la vida, la huída de la soledad; querrá amar y ser amada. Ella se sabe con un gran potencial para seducir al hombre. ¿Cómo administrará este potencial? Ella tiene una gran vocación por la vida; el hombre es una pieza insustituible para que la vida surja, y ella, como mujer reconoce que es apetecida por el hombre. Estas son las claves, fijas e inmovibles desde el comienzo de la humanidad, sobre las que se ha desarrollado la relación hombre-mujer. Las muy diversas culturas sobre las que se despliega la vida humana han ido estableciendo las reglas, en forma de costumbres, de este juego eterno. Pero algo permanece constante en esta relación de sexos: La mujer, sean las circunstancias que sean en las que se produzca esta relación, como mínimo pedirá comprensión, afecto, cariño, aceptación, amor, y la práctica sexual muy difícilmente se va a producir si no está arropada por estos sentimientos.

Descritas las coordenadas fundamentales por las que se mueve la vida de toda mujer, quizás resulte obvio recordar que ello en modo alguno es incompatible con aptitudes e inclinaciones vocacionales sobre los aspectos más diversos de la vida humana. Ejemplos sobrados hay de mujeres sobresalientes en los diversos campos del saber, de las artes, de la literatura, de la política, etc. Por ello es muy razonable que en nuestra sociedad tenga abiertas las puertas a cualquier actividad a la que desee dedicarse. Unas, por supuesto, más propias a su condición femenina que otras, porque realmente ¿es fácil imaginar a la mujer-soldado en una acción de guerra? En toda guerra sí, por supuesto, pero cumpliendo labores humanitarias.

El hombre tiene un cuerpo muy distinto al de la mujer, no solo en su morfología sino también en su fortaleza y aspecto. Es un cuerpo de recia osamenta y musculatura, de miembros bien dispuestos para la acción eficaz; piel áspera y velluda. Ya, a partir de la adolescencia cualquier muchacho tiene conciencia de su capacidad y vocación para un determinado trabajo, que llegado el momento desempeñará con diligencia y vendrá a ser el eje de su vida. Con independencia de su aspecto externo, carente de la delicadeza del cuerpo femenino, él se reco-

noce inteligente y quizás por eso atenderá primero al contenido que a la forma en todo aquello que elabora, ¿o está menos dotado biológicamente, al contrario que la mujer, para apreciar y distinguir lo bonito de lo feo? Considerará secundarias muchas cosas que se aparten de los problemas a resolver, por lo que con harta frecuencia su actuación será directa, sin rodeos ni distracciones. También las cuestiones relacionadas con la vida (matrimonio, familia, descendencia, etc.) cuentan para él, pero en un plano muy distinto al de la mujer. Al reparar en la mujer observará en ella la persona poseedora de unos encantos inefables merecedores de toda admiración. Es el ser que nunca habría podido imaginar con tal imán como para desear compartir la existencia con ella. El hombre ante la mujer puede experimentar sentimientos de amor romántico, sentimientos de posesión erótica placentera y sentimientos de pura fisiología genital. Aunque su actividad sexual es muy variada y en ella influyen experiencias sexuales que va acumulando desde la infancia, se diferencia mucho de la mujer: en la fuerza e intensidad de sus impulsos sexuales y en una clara tendencia a deslindar sexo y sentimiento.

Un primer resumen de lo expuesto nos conduce a reconocer en la personalidad sexuada de la mujer un núcleo innato constituido por la dimensión vital, de la que ella participa ampliamente, que se traduce en una vocación primera hacia la procreación, familia e interés por las personas; el cuidado estético de su figura corporal y en general por las demás cosas y una actividad sexual templada, vinculada con el afecto amoroso, sujeta a la voluntad, para ser ejercida con discreción. En el hombre también hay un núcleo en su personalidad sexuada definida por una vocación profesional, con cuyo ejercicio se siente satisfecho, en tanto se ve eficiente para resolver los problemas y adquirir el dominio de las cosas. Su impulsividad sexual, (cerca o lejos de la genitalidad), es fuerte y no siempre bien controlada.

V. ARGUMENTARIO

1. VERDADERAS Y FALSAS PERSONALIDADES INARMÓNICAS

Para mantener la teoría de la existencia de un núcleo sexuada innato en el ser humano no se van a repetir las pruebas neuroanatómicas y de investigación ya mencionadas anteriormente. Es mucho más importante, ahora, observar cómo tal teoría encaja con los hechos que la dura realidad pone ante nuestros ojos: ¿cómo se explica la *personalidad inarmónica*? ¿Por qué se dan hombres “*afeminados*”? ¿Por qué hay mujeres “*marimachos*”? Estas preguntas exigen de inmediato estas otras: ¿Quién es “*afeminado*” y quien “*marimacho*”? Empecemos por el varón. El calificativo de “*afeminado*” se usa a veces injustamente

en hombres que, bien por tener una constitución física débil, bien por poseer algún rasgo caracterial, de los considerados femeninos, tal por ejemplo una pronunciada sensibilidad estética, bien por haberse amanerado en los gestos o en el habla, no poseen, sin embargo, trastorno alguno en su identidad masculina. A un cuerpo frágil y delicado corresponde, en total armonía somato-psíquica, un temperamento especialmente sensible; quizás muy bien dotado para la música, por ejemplo. No obstante, con cierta frecuencia estas personas, de muy niños, pueden haber decepcionado al padre que esperaba tener un hijo fuerte, deportista, y “*peleón*”, y en tal situación, muestra hacia él un trato más o menos hostil que en modo alguno le va beneficiar, sino todo lo contrario, puede dificultar en gran medida su identificación con lo masculino y crearle un gran problema en este sentido.

Hombres sin una adecuada identificación con el propio sexo, existen sin duda alguna. En su variedad, los hay que, para una mejor aceptación social, esconden el déficit de su personalidad y se presentan como “normales”. Otros, por el contrario, se manifiestan y actúan de cara al público haciendo una representación de lo que ellos creen es la expresión femenina. No actúan como mujeres, sino que caricaturizan a las mujeres. Se identifican con las mujeres en aspectos marginales de la personalidad, culturalmente condicionada, como puede ser la afición por las plantas y las flores, la costura, exquisiteces culinarias, etc. En estos hombres se observa un afán por parecer mujeres, tener nombres femeninos y actuar como creen que toda mujer actúa. Pero en el fondo lo que hay en ellos es una total y terrible desorientación en cuanto a su identidad sexual. Viven una situación sumamente ansiógena que les obliga a identificarse con lo que sea. La labor psicoterapéutica ha descubierto para Joseph Nicolosi, (2009), entre otros, que en muchos homosexuales hay una pérdida de la identidad verdadera y de aspectos de la propia fortaleza masculina; un grave trastorno en la propia imagen corporal, que subyace en esa falta de identificación con su sexo; la imagen de un cuerpo frágil, de un cuerpo que, por misteriosa razón, se vive como extraño. “*Está alienado (el homosexual) con su propia anatomía masculina y ve su pene como algo diferente de sí mismo*”.

Algunas mujeres, bajo influencia ambiental y educacional, pueden presentar reacciones bruscas, ásperas y total ausencia de buenos modales. Además pueden haber estado desempeñando durante años trabajos duros en el campo y con el ganado, y por ello usar indumentarias propias de hombre, adecuadas al trabajo que realizan. Y aún más, pueden haber vivido lejos de cualquier influencia verdaderamente femenina. Una contemplación superficial de estas criaturas puede provocar un juicio injusto sobre su verdadera identidad. La experiencia enseña que tales mujeres apartadas de ese ambiente, tan poco adecuado a su naturaleza, en poco tiempo descubren su verdadera esencia femenina encu-

bierta por engañosas apariencias. Ellas constituyen ejemplos que pueden ser legítimamente utilizados para reforzar la tesis propuesta. Otras veces, la mujer de constitución física atlética, bien dotada en su fuerza corporal, puede tender a dirimir cuestiones interpersonales por la vía rápida de acción resolutoria, de una forma muy poco femenina. “*Mari-macho*”, “*mala bestia*” y otros adjetivos similares suelen recaer sobre estas mujeres que en otros aspectos pueden ser muy femeninas. En otras ocasiones, el calificativo peyorativo de “*marimacho*” surge, no por efecto de la educación o del ambiente, sino por reacciones impulsivas, totalmente desproporcionadas al estímulo que las provoca. Estas reacciones pueden constituir parte de las manifestaciones de un trastorno de personalidad, origen de sufrimiento para quien lo padece y de seria perturbación para la convivencia. Sin embargo, ello, por grave que sea, no está reñido con la feminidad. Hay también mujeres que, imbuidas de ideología de género, reprimen todo rasgo femenino, con tal de no traicionar aquellos principios, que sobrevalorados hasta el absurdo, se han convertido, por puro fanatismo, en razón de su existencia. Finalmente, pero sin afán de agotar todos los casos, nos encontramos con mujeres, en las que experiencias tempranas de la niñez, las desconciertan de tal forma, que creen pertenecer al sexo masculino y en su error pueden incluso aspirar a un cambio de sexo, mediante la cirugía más avanzada. Todo indica que son los casos donde realmente una disociación entre el temperamento y el cuerpo ha tenido lugar, pero no caigamos en simplezas: La práctica sexual de estas mujeres (generalmente, lesbianas), y su relación de pareja lleva la marca de la feminidad como a continuación expongo.

2. UN NÚCLEO SEXUADO NORMAL, EN PERSONALIDADES INARMÓNICAS

Aceptada la ausencia de identificación con lo masculino en algunos hombres ¿es posible la existencia en ellos de un núcleo sexuado normal? Por supuesto que sí. Porque existe ese núcleo sexuado es posible alcanzar la rehabilitación viril a través de la labor psicoterapéutica, como es bien sabido. Richard Cohen (2004) nos habla de múltiples casos de “sanaciones”, en su trabajo con homosexuales, y él mismo se cuenta como un caso más, que tras alcanzar la normalidad se casa, tiene hijos y vive feliz. Joseph Nicolosi (2009), en sus libros sobre el tratamiento de homosexuales describe como se establecen falsas identificaciones con el sexo opuesto, a modo de envolturas en hojas de cebolla, que luego hay que ir retirando pacientemente, una a una, hasta alcanzar el auténtico yo que permanecía oculto. En el caso “Charlie”, refiriéndose a la anulación de su identidad masculina afirma:

“Te hicieron vivir una falsa identidad que sacrificó tu autonomía y tu propia identidad masculina –le dije–. La gente no suele darse cuenta de que llevan

viviendo una falsa identidad hasta que empiezan a experimentar cierta libertad en ella. Cuando empieces a vivir tu verdadero yo, tendrás una sensación de liberación, de espontaneidad y de fortaleza interior. El falso yo suele dejar a la persona sentimientos de autoconsciencia, rigidez y de alguna forma un vacío o muerte interior”.

Tanto en hombres como en mujeres en cuya personalidad hay una manifiesta ausencia de identificación con el propio sexo, se demuestra la existencia de un temperamento sexuado normal, cuando se observa su comportamiento sexual y su vida de pareja. Ya está dicho que muchos de estos hombres caen en la práctica homosexual, ahora interesa conocerla de cerca:

- Son hombres de sexualidad impulsiva, que, con otros hombres mantienen una relación, rápida, efímera, sin compromiso alguno, en multitud de ocasiones, y a veces de forma anónima. En determinadas ciudades existen antros (bares y discotecas) dedicados al mundo gay, allí, en los llamados *backrooms*, (habitaciones traseras, con muy escasa luz) se abandonan a una práctica sexual anónima, individual o en grupos; una actividad sexual fácil y barata, donde se satisface el sexo como necesidad fisiológica, al tiempo que se rompen, aunque sea por momentos, sentimientos de aislamiento y soledad. En las mujeres no hay unas prácticas equivalentes; el hecho significativo, digno de ser resaltado es que estamos ante conductas típicamente masculinas, ciertamente degradadas por ausencia del factor femenino, en hombres que tienen dificultades para reconocerse como tales.
- Cuando el homosexual (hombre) forma pareja, no se piense que constituye algo similar a la pareja heterosexual. Nada más lejos de la realidad. La pareja gay, según refiere Marina Castañeda (2005) viene definida por la falta de comunicación, la falta de compromiso y la pluralidad sexual. Los hombres, a diferencia de las mujeres:

“hablan menos de sus sentimientos, se interrumpen más a menudo, se escuchan menos y se pelean con más facilidad (...) Intentan ganar cuando no están de acuerdo, antes que buscar una solución de compromiso, y frente a un problema tienden más al enfrentamiento que a la cooperación”.

Aunque un vínculo afectivo mantiene unida a la pareja, el uso del sexo lo consideran algo independiente de toda relación amorosa o cosa que se le parezca, de ahí que actos sexuales con terceras personas sean muy frecuentes y aceptados como normales.

Las diferencias con las parejas de lesbianas son pues, muy llamativas: a ellas les gusta expresar sus sentimientos, hablar de su relación, con análisis de la misma a veces interminable; la comunicación es fundamental en su relación

y cuando surgen problemas apelan a la cooperación como la mejor forma de solucionarlos. Con frecuencia tienden a vehicular el sexo con el amor. Se enamoran con facilidad tras una relación sexual (Castañeda, 2005), pero en general la mujer prefiere el sexo una vez establecidos firmes lazos de afecto. Son diferencias que hablan por sí solas de dos psicologías muy dispares, masculina y femenina, incluso en aquellos que tienen orientada su sexualidad al mismo sexo y que, en una mayoría de casos, tienen un grave problema con su personalidad sexuada.

VI. CONCLUSIONES

1. Unidad psico-física. Este trabajo se ha inspirado en las investigaciones del psiquiatra alemán Ernst Kretschmer, que a principios del pasado siglo estableció su teoría de los temperamentos, al observar que estaban en íntima relación con la tipología corporal. Hoy tenemos que aceptar, por lógica elemental, que siendo el ser humano una unidad de alma y cuerpo, exista entre los dos principios la normal armonía, y a un cuerpo de mujer corresponda un psiquismo femenino y a un cuerpo de hombre otro masculino. Cuando no se manifieste tal coordinación se hablará de *personalidades inarmónicas*, en las que se incluye el transexualismo y el transvestismo no fetichista, reconocidos como trastornos psíquicos por la psiquiatría actual.

2. Ambientalismo frente a constitucionalismo. La ideología de género mantiene como postulado fundamental que la feminidad y la masculinidad son “*construcciones*” culturales, cuya razón de ser es nula, y en adelante el cuerpo (de hombre o de mujer) y la psicología sexuada podrán ir perfectamente por separado, sin que la educación se afane en lo contrario. En este artículo se reconoce la complejidad del problema sobre el origen de la personalidad sexuada, y no se niega la influencia del ambiente, o de factores hasta ahora desconocidos, que ocasionalmente pueden llegar a distorsionar la personalidad, pero hay una base suficiente para mantener la tesis de la existencia de un núcleo sexuada, que existe desde el primer día de la vida en hombres y mujeres, con carácter innato y para siempre. Por estas razones:

- Investigaciones científicas que muestran diferencias neuroanatómicas entre el cerebro de hombres y de mujeres. Y otras investigaciones que muestran diferencias psicológicas entre el niño y la niña, ya desde el primer día tras el nacimiento, o al año de edad.

3. Se describen los rasgos principales que definen la feminidad y la masculinidad en base a la coordinación que debe haber entre el cuerpo y la psiquis, y se concluye que la psicología femenina viene determinada por su interés hacia

todo lo referente a la vida humana, una sexualidad preferentemente dispuesta a seducir, y una elaboración de las cosas cuidando con exquisitez su aspecto o apariencia. Todo al contrario, la psicología masculina está definida por un interés dirigido hacia las cosas, una actitud para ser seducido y una desatención hacia las “formas” a favor del contenido o “fondo” de cuanto hace.

4. Las personalidades aquí denominadas “*inarmónicas*” no contradicen la tesis de la personalidad sexuada innata, primero, porque una psicoterapia bien conducida es capaz de descubrir la auténtica identidad sexuada, aparentemente inexistente, por las vivencias tenida a lo largo del tiempo. Y segundo, porque aún en estos casos el núcleo sexuado primigenio persiste, como se demuestra al observar el “*comportamiento de la pareja homosexual*”, y la actividad sexual individualizada de tales personas, en franca contradicción con la personalidad que aparentan tener.

BIBLIOGRAFIA.

- ALEXANDER, G., (2003) “An Evolutionary Perspective of Sex-Typed Toy Preference: Pink, Blue, and the Brain”, en *Archives of Sexual Behavior*, vol. 32, 1, Febrero de 2003, pp. 7-14.
- ALEXANDER, G., PACKARD MG., PETERSON, BS. (2002) “Sex and Spatial position effects on objet location memory following intentional learning of objet identities”. *Neuropsychologia*, 40, 1516-1522.
- ARCHER, J. (1991) “The influence of testosterone on human aggression”. *Br. J. Psychol.* 82:1-28.
- BALDWIN JD, BALDWIN JI., (1997) “Gender differences in sexual interest.” *Arch Sex Behav.* 26:181-210.
- BEAUVOIR, S. (1949) “*El Segundo sexo*”. Cátedra. Madrid.
- BUTLER, J. (1990) “*Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*”. Routledge, New York. p. 6.
- CASTAÑEDA, M., (2005) “*La experiencia homosexual*”. Paidós. Barcelona. pp. 60, 61.
- CASTILLA Y CORTÁZAR, B. (2000) “Persona femenina, persona masculina”. Conferencia pronunciada en Zayas, el 18, de Marzo de 2000.
- (1993) “La complementariedad varón-mujer. Nuevas hipótesis”. Documento del Inst. de Cienc. para la Fam. Rialp. Madrid, pp. 23-26.
- CAMPBELL, DW., EATON, WO, (1999) “Sex differences in de activity level of infants”. *In fant and Child Development.* 8:1-17.

- COHEN, R. (2004) *“Comprender y sanar la homosexualidad”*. Libroslibres. Madrid.
- COHILL, L. (2005) “His brain, her brain”. *Scientific American*, 292 (5): 40-47.
- FEINGOLD, A. (1994) “Gender differences in personality: a meta-analysis.” *Psychol Bull* 116:429-456
- FITZGIBBONS, R. P., (1997) “Factores Causantes de la homosexualidad”. *Digesto Familiar*, 223-224. Montevideo (Uruguay)
- FREUD, S. (1927). *“Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis. Obras completas.* (1968). Vol. II. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid.
— *“La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”*. Obras completas. (1968). Vol. II. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid.
- GRAY, J. (1993) *“Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus”*. Ed. Random House Mondadori. Barcelona.
- HYDE, JS., LINN, MC., (1988) “Gender differences in verbal ability: a meta-analysis”. *Psicol. Bull* 104: 53-69.
- JASPERS, K. (3^a Ed. de 1966) *“Psicopatología General”*. Ed. Beta. Buenos Aires ,Argentina. P 309.
- KRETSCHMER, W (4^a edic. de 1967) *“Prólogo a la 25^a edición alemana. Constitución y carácter”*. Labor. Barcelona.
- LINN, MC., PETERSEN, AC., (1974) “Emergente and characterization of sex differences in spatial ability: a meta-analysis”. *Child Dev* 56:1479-1498.
- LERSCH, P. (1966) *“La estructura de la personalidad”*. Scientia. Barcelona.
- LIAÑO, H. (1998). *“Cerebro de hombre, cerebro de mujer”*. Ed. B. Barcelona. pp. 191-204.
- LÓPEZ MORATALLA, N (2007) *“Cerebro de mujer y cerebro de varón”*. Rialp. Madrid.
- McCLURE, EB., (2000) “A meta-analytic review of sex differences in facial expression processing and their development in infants, children, and adolescents”. *Psychol Bull* 126: 424-453.
- MOREY, L. C., ALEXANDER, G. M., BOGGS, C. (2007) *“Género”* (Capítulo 34 del *Tratado de los Trastornos de la Personalidad*). Masson. Barcelona. pp. 551-552.
- NICOLOSI, J. (2009) *“Quiero dejar de ser homosexual”*. Encuentro. Madrid. pp. 32, 34, 69, 107, 109.
- OLDHAM, J. M., SKODOL, A. E., BENDER, D. S. (2007) *“Tratado de los Trastornos de la Personalidad”*. Masson. Barcelona.

- REY, R., “Diferenciación sexual embrio-fetal: de las moléculas a la anatomía”.
Revista Chil. Anat. V.19, nº 1. Abril, 2001. Temuco.
- SOLE-SAGARRA, J y LEONHARD, K. (1957) “*Manual de Psiquiatría*”.
Morata. Madrid.
- TRILLO-FIGUEROA, J. (2007). “*La revolución silenciosa*”. Libroslibres.
Madrid
- VAN DEN AARDWEG, G. J. M. (1997) “*Homosexualidad y esperanza*”. Ed.
EUNSA. Navarra.